

XXXIII Domingo Ordinario - 17 de noviembre 2024 (Dn 12, 1-3; He 10, 11-14.18; Mc 13, 24-32)



Al acercarse el final del año litúrgico, los textos del 33° domingo nos hablan del último fin. El fin del mundo del que habla Jesús puede hacernos un poco el efecto de una película de horror que vemos sentados en una silla. Jesús nos anuncia que habrá acontecimientos demoledores y aterradores. Según las palabras de Jesús, es el universo entero el que está destinado a pasar, porque la creación está marcada por la finitud. Vivimos en un mundo donde nada es definitivamente estable, pero las palabras de Jesús son, por el contrario, una palabra que durará para siempre. Como dice: "El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán" (Mc 13, 31).

Este mundo en el que vivimos terminará como cualquier realidad creada. Y este fin no será un término, sino una etapa necesaria en el desarrollo de la historia de la salvación. Porque, así como Cristo Jesús resucitó de entre los muertos y ascendió al cielo, así también volverá al fin de los tiempos para juzgar a los vivos y a los muertos" (Símbolo de los Apóstoles). Todos los bautizados están tendidos hacia un mundo nuevo, y este mundo nuevo es Jesús que vendrá a inaugurarlo para nosotros y con nosotros. Es un llamamiento que ya había sido anunciado por Juan Bautista y Jesús: "Convertíos, porque el Reino de los cielos está cerca" (Mt.4,17).

El Evangelio que leemos hoy, se refiere a la venida del Hijo del hombre, pero lo más importante es que Jesús quiere encender en el corazón de todos los cristianos una espera que nos debe mantener despiertos y con esperanza de un encuentro definitivo con Él. Si Jesús nos anuncia el fin de la historia no es para asustarnos, ni para satisfacer nuestra curiosidad, sino para que estemos atentos y vigilantes porque pertenecemos a un mundo que avanza hacia su realización. Jesús quiere que vivamos en espera de su venida, sabiendo que su venida nos trae alegría y nos hace aún más felices.

Sí, la promesa de Jesús no es una promesa vaga, sin fundamento. Es una promesa segura como su propia Palabra que permanece eternamente de generación en generación. Como dice: esta generación pasará, así como el cielo y la tierra, pero sus palabras nunca pasarán. Aunque el regreso de Jesús es un secreto que nadie conoce, ni siquiera los ángeles en el cielo ni siquiera el Hijo. Es el secreto de Dios, es el secreto del Padre. Lo cierto es que este advenimiento coincidirá con la salvación definitiva, con gran gloria del Hijo del hombre.



Entonces todos los bautizados están llamados a vivir en espera del gran Regreso de Cristo en la fe y la esperanza. Todos y todas estamos llamados a vivir esta espera también en la realidad presente de nuestra vida cotidiana. A pesar de las tribulaciones, las desgracias, las dificultades, tenemos esta gran promesa de que el amor tendrá la última palabra, que vendrá el mundo nuevo. Es hacia ese mundo que todos avanzamos. Pero debemos unirnos a Jesús por la fe, porque necesitamos ser acompañados en el camino de la vida. " Yo estoy con vosotros hasta el fin de los tiempos" (Jn 28,20). Cristo nos exhorta al discernimiento, a la vigilancia activa, sin desaliento ante las pruebas y las persecuciones. Tendréis tribulaciones en el mundo; pero tened valor, porque **yo he vencido al mundo**" (Jn 16,33). Con esperanza, debemos discernir el momento verdadero en que Dios vendrá a visitarnos.



Oremos al Señor para que podamos resistir en las pruebas y permanecer vigilantes ante la esperanza inaugurada por la Palabra de Jesús, es decir, su Evangelio. La esperanza cristiana encuentra esta certeza en la palabra de Cristo y no en cálculos falsos para prever el futuro o la venida del Señor. Es seguro y cierto que el Señor viene. Ya ha venido y vendrá para juzgar a los vivos y a los muertos según las palabras de nuestro Credo. Esta certeza debe mantenernos al mismo tiempo en la vigilancia y en la esperanza. ¡Amén!

Jean Didereau DUGER, smm